

## La memoria en donde ardía

Por Miguel Vitagliano<sup>1</sup>

Sobre *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* de Ana Longoni, Buenos Aires, Norma, 2007.

### I

Al mismo tiempo que *Traiciones* de Ana Longoni empezaba a distribuirse en las librerías, se cumplían treinta años de la desaparición de Rodolfo Walsh y en distintos medios gráficos y virtuales el recuerdo imponía una aclaración: el escritor no había sido asesinado por la redacción de la Carta a la Junta Militar sino por su combativa militancia. La aclaración era una marca tendiente a desplazar otra que sobrepasaba con creces ese caso particular. Desde fines de los setenta y principios de los ochenta se vio generalizado el borramiento del pasado militante de la mayoría de los desaparecidos, haciendo extensiva la creencia del desaparecido por mera fatalidad de estar en un lugar “equivocado”, fuera éste una esquina o una agenda. Esa idea, reproducida ampliamente por el cine y la televisión al comienzo de la democracia, arrastraba un cruce inesperado entre la dictadura y el movimiento de derechos humanos. Para la dictadura se trataba de inocular el terror, convertir a cada ciudadano no sólo en una posible víctima sino en un sospechoso de sí mismo; para los organismos de derechos humanos fue, en cambio, “la estrategia jurídica-política”, como sostiene Ana Longoni, en una coyuntura en la que el discurso hegemónico ubicaba a víctimas y victimarios “en un plano de simétrica exterioridad” con respecto al resto de la ciudadanía: “En ese marco se explica la reivindicación de la figura del desaparecido como víctima inocente y absoluta, a costa de anular el reconocimiento (y el balance) de su condición política, su historia militante”.

El intento de copamiento al regimiento de La Tablada, en enero de 1989, fue el punto de inflexión, entre otros no menos importantes, de esa creencia que se había afirmado en la población. Durante las largas horas de transmisión televisiva de lo que ocurría en el

---

<sup>1</sup> Licenciado en Letras (UBA), escritor, profesor de Teoría Literaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y docente de escuela media.

regimiento, no fueron pocos los que hasta último momento esperaron encontrar a los militares golpistas como atacantes y no a un grupo de militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP). Más allá de que se considerase políticamente inadecuada una operación de esa naturaleza en democracia, o extemporánea o cualquier otra descripción que quiera dársele, lo que sorprendía era el reconocimiento de que aquellos a quienes se había visto compartir reclamos semejantes, que aquellas banderas y pancartas que se reconocían en una movilización común, de golpe irrumpieran con un hecho que hacía trizas todas las expectativas. Se había dado por sentado una total homogeneidad en ciertas ideas fundamentales de la izquierda, acuerdo que ni existía en ese presente como tampoco había existido antes. Esa era la causa de la sorpresa. No se trataba de que los militantes del MTP fueran *extraños* en los tiempos que se los veía *próxim*os, sino que seguían siendo *próxim*os en un presente que los había arrinconado como *extraños*.

Si bien el libro de Ana Longoni propone otro tópico de discusión, como es el de la presencia social –“la audibilidad social”– del sobreviviente del terrorismo de Estado, demanda ser contextualizado dentro de la experiencia de la izquierda desde los ochenta a la actualidad. Un diálogo abierto que, desde luego, sobrepasa el límite de cualquier fracción política para hacer centro en una experiencia social más abarcadora.

¿Por qué aún hoy no resulta “audible” en la escena social la voz del sobreviviente, cuando, como sostiene la autora, fueron quienes hicieron las primeras denuncias ante los organismos internacionales, quienes aportaron testimonios decisivos para la elaboración del informe de la CONADEP y en los diversos juicios en el país y en el exterior? Es decir, el sobreviviente no calla, pero la “audibilidad” de su voz sigue siendo “significativamente baja”. Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir, parecería que estamos ante una contradicción y no es así, ya que el diagnóstico que se propone en libro no se restringe a la esfera jurídica sino que se extiende a la compleja trama social en la que convergen desde los partidos políticos a los medios masivos y la narrativa de ficción. El sobreviviente carga con un estigma, el de ser acusado de “traidor”. Fuera de ámbitos muy acotados, como dice Longoni: “Su (sobre)vida los condena”.

## II

Si la voz del sobreviviente ha sido eludida es porque sostenía y sostiene algo que no quiere ser escuchado. En *Traiciones* se proponen al respecto cinco hipótesis. La primera es la resistencia a aceptar, sobre todo en ciertos organismos de derechos humanos en los

años 80, la cruda verdad que traían consigo los sobrevivientes, como era el hecho de la muerte sistemática de la mayoría de los detenidos-desaparecidos. La segunda, “la construcción del mito incólume del desaparecido como mártir y héroe” que no dejaba resquicio a la crítica de la militancia y para la cual, por lo tanto, la voz del sobreviviente se transformaba en versión inaceptable.

Con respecto a esta segunda hipótesis, que tanto como la anterior podría considerarse centrada en el pasado, Ana Longoni arremete, y de manera incisiva, a acercarnos al presente. Si en la década del 80 hubo escaso lugar para la autocrítica frente al discurso hegemónico de “la teoría de los dos demonios”, en la del 90 el mito volvió a encontrar un lugar en torno a “ciertas figuras (el Che), procesos políticos (Cuba) y experiencias (la guerrilla)”. Y sería en ese marco de mediados de la última década en el que “ganó mayor fuerza entre los activistas de derechos humanos la figura del desaparecido como militante, muchas veces de manera acrítica y mitificada.”

La tercera hipótesis es que el sobreviviente carga con el peso de estar vivo entre tantos muertos, y ese peso tiende a presuponerlo sospechoso. Así como otros habían dicho ante un detenido-desaparecido *Por algo será*, los que no eran esos otros tendieron a repetir *Por algo está vivo*. En la primera página del volumen se cita a Graciela Daleo recordando los dichos de Hebe Bonafini en un programa de televisión: “Los que están muertos eran todos héroes, los que están vivos es porque colaboraron”.

Las dos últimas hipótesis están aún más conectadas entre sí. Una es la resistencia a escuchar la voz del sobreviviente como testimonio de un sujeto político y no sólo como testimonio individual. Haber atravesado la “experiencia límite del campo clandestino parece haberlo incapacitado para revisar su pasado militante”, lo que no hace sino evidenciar las dificultades –al menos, dificultades– para hacer un balance del accionar del grupo de pertenencia político de ese individuo, convertido a la fuerza en un detenido-desaparecido y a la suerte en sobreviviente. La última hipótesis es la no aceptación de lo que, según Ana Longoni, todavía “no puede ser escuchado por muchos” y que el sobreviviente pondría en cuestión: “el proyecto revolucionario del que fue parte sufrió una derrota categórica en esas miles de vidas y en el terror que la represión impuso en el conjunto de la sociedad”.

Ya la sola propuesta de estas hipótesis vuelve significativa la lectura de *Traiciones*. El sobreviviente ha sido víctima en el momento de su detención y durante el tormento, y es víctima también fuera del campo. Su integridad es doblemente mancillada, como

individuo y como sujeto político. El lugar de enunciación que elige Ana Longoni para su trabajo es ubicarse en el segundo momento del padecimiento de la víctima y desde allí analizar toda la situación, no un solo momento. Reclama por la “audibilidad” social realmente significativa del sobreviviente en el presente y lo que eso –a juzgar por las hipótesis propuestas– traería aparejado. Podríamos decir que su reclamo está en sintonía con el de la generación anterior (Longoni es hija de militantes del setenta), cuando el foco no era la “audibilidad” sino la desaparición.

Considerando estos aspectos, el ensayo de Ana Longoni sería un aporte a los distintos trabajos que indagan la problemática de la memoria sobre el pasado reciente, en primer lugar porque *Traiciones* está centrado en el presente, no se ubica dentro de lo que ha sido definido como *posmemoria*<sup>2</sup>, o al menos no exclusivamente. No intento destacar con esto que no haya, como resulta obvio por lo expuesto, una mirada crítica sobre la experiencia pasada sino que pongo énfasis en que esa mirada crítica está mucho más enfocada en el presente.

### III

Tres novelas son las propuestas en *Traiciones* para observar el modo en que fue representada la figura del sobreviviente: *Recuerdo de la muerte* (1984) de Miguel Bonasso, *El fin de la historia* (1996) de Liliana Heker, y *Los compañeros* (reeditada en Argentina en 2000) de Rolo Diez. Si bien los resultados a los que se arriba en esa línea no hacen sino reafirmar a su modo lo que antes se había sostenido con contundencia, el gesto de incorporar la literatura al diálogo resulta productivo, y por distintas razones. La fundamental es que así como Longoni arremete contra el discurso y el comportamiento sectario (no sólo militante), evita mantener la discusión encerrada en distintos compartimentos y esos textos literarios ofician de puente. No acepta restringir su mirada crítica, mantiene esa misma disposición que podríamos encontrar en Pilar Calveiro, cuyos libros *Poder y desaparición* (1998) y *Política y/o violencia* (1998) resultan tutores de la línea de su trabajo, tanto como los trabajos de Lila Pastoriza.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> “Como posmemoria se designaría la memoria de la generación siguiente a la que padeció o protagonizó los acontecimientos (es decir: la posmemoria sería la ‘memoria’ de los hijos sobre la *memoria* de sus padres.” Las comillas, tal como aclara Sarlo en su texto, indican “un uso figurado” de lo vivido por otros, en cambio las itálicas en memoria dan cuenta de la vivencia propia. Sarlo, Beatriz: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. Pág. 126.

<sup>3</sup> La misma autora destaca al final del volumen que las conversaciones con Lila Pastoriza y Pilar Calveiro fueron “decisivas para encarar la reescritura”.

El debate con esas novelas –porque, en verdad, son tomadas como puntos de confrontación– consigue su aspecto más significativo fuera de la lectura puramente textual, en el lugar asumido por cada uno de los autores a la hora de presentar sus novelas al público. Escenas de la industria cultural que exponen, y con todo su oropel, el estado de una sociedad: autores que ofrecen sus producciones asegurando que en apariencia se tratan de novelas pero que en realidad son el testimonio más verdadero; y después serán esos mismos autores quienes dicen que no se puede leer como testimonio lo que sólo es una novela. No considero que se pueda restringir el problema en ese caso al vínculo entre ficción y realidad y a las decisiones morales de los autores, dejando fuera del asunto a las encerronas que pone en juego la industria cultural y a través de las cuales interviene desde el periodista que realiza la entrevista al secretario de redacción del medio. ¿Ese repiquetear de tantas elusiones y elisiones no se corresponde con lo que aún sigue siendo poco “audible” y “visible” en la sociedad?

Tan punzantes son los aciertos de Ana Longoni en su trabajo que no pueden sino hacer que calen hondo sus debilidades. Dejando a un lado la desafortunada elección del título –el libro podría llamarse de cualquier manera pero de ninguna manera hacer centro en lo que niega–, cabe preguntarse por qué Longoni no abrió un diálogo con los autores de las tres novelas mencionadas. Sin duda que habría sido apreciable para el lector oír sus voces replicando a las críticas; y sin duda, considerando el tema y la valiente perspectiva asumida por la autora, se trata de una ausencia que no puede pasarse por alto.

#### IV

Hace no mucho Héctor Schmucler decía en una conferencia que la consigna “memoria para la justicia” resultaba valiosa siempre y cuando se hicieran matices en sus presupuestos, ya que lo que la fórmula admite es “que si tenemos memoria, todos recordaremos lo mismo y, por lo tanto, podremos hacer justicia con aquellos que nos parecen actos criminales”. Propone entonces que mejor sería hablar de las memorias en plural, “de las que coexisten en un momento determinado, porque no somos un único grupo, ni los argentinos ni ningún otro pueblo en su conjunto; es por ello que no hay memorias únicas”.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Schmucler, Héctor: “¿Para qué recordar?”, en *Seminario 2006. Entre el pasado y el futuro. Los jóvenes y la transmisión de la experiencia argentina reciente*, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Eudeba, 2007.

Ya en 1979, durante su exilio en México, Schmucler se había pronunciado sobre el riesgo de la pérdida de una discusión plural en su crítica al militarismo de la guerrilla: “A partir de experiencias como estas será imprescindible preguntarse cuánto de aquello que quiere combatirse está impregnando la actuación de las fuerza llamadas revolucionarias”. Ana Longoni no sólo cita aquel texto clave (revista *Controversias*, No. 9, México, octubre de 1979), sino que sigue de cerca las posteriores reflexiones de Schmucler que, junto a las voces de Calveiro y Pastoriza, se imponen como los interlocutores más firmes en su trabajo. Y la autora misma lo sugiere cuando retoma la cita de Schmucler de fines de los setenta: “Su evaluación incluso hoy encuentra pocos interlocutores: ‘Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual `indignación moral` de los argentinos se transforme en condena por la forma de represión sin barreras, la política que encarnaban muchos desaparecidos de ninguna manera será reivindicada”.

La mención de estas últimas referencias no persiguen otro fin que el de valorar el incómodo lugar que asume Ana Longoni para discutir, insistamos, con el presente y con el pasado. Proponer una memoria plural. Porque, como sostiene Schmucler: “Solamente podremos buscar ciertas formas de entender nuestra propia historia en la medida en que haya múltiples memorias, en la medida en que las memorias puedan compararse y, muchas veces, combatirse”.<sup>5</sup> Esas memorias incluyen también las que provengan de distintas generaciones, y en este caso Ana Longoni incorpora con su voz la de aquellos nacidos en los sesenta en un diálogo con las generaciones anteriores. Más significativa resultará aún entonces la dedicatoria del libro: “A Mariana Kurlat y en memoria de Daniel Retamar (1962-1998), sobrevivientes no sólo a sus secuestros y a lo de su padres, sino también a las historias que se escribieron luego”. Esperemos que otras voces, de otras generaciones se sumen al diálogo que acaba de empezar. Será un modo de oír las tantas memorias que aún nos esperan –las de los hijos llevados al exilio por sus padres, las de los hijos de los no militantes, etc.–, porque sin duda tienen mucho por decir.

---

<sup>5</sup> Schmucler, H.: Idem.